

PSICOLOGÍA HISTÓRICA DE LA VIOLENCIA LATINOAMERICANA AUTORITARISMO, VIOLENCIA Y MUERTE EN AMERICA LATINA¹

CUATRO ASEDIOS

I

Existe un fenómeno que por más de siglo y medio ha caracterizado a Latinoamérica: la dictadura. Y el dictador muy bien puede ser la imagen paterna que se impone una sociedad sin padres, según el sentido que se patentiza en “El complejo de hijueputas” de Fernando González.² Dentro de lo más importante, este complejo se transparenta en las radionovelas y las canciones de las clases bajas, así como en el intenso amor a la figura materna y la ausencia de la paterna en la mayor parte de los hogares populares. En la clase media se experimenta como no poder estar con Dios (la clase alta) ni querer estar con el diablo (la pobreza vergonzante), sino en un limbo de seres sin nombre. Y aquella ilegitimidad se manifiesta en los de arriba por su aferramiento al poder recurriendo muchas veces a medios ilegítimos, sin lograr la aceptación de su dominio por las grandes mayorías, al igual que en la degradación que establecen sobre sí mismos al darle primacía a lo extranjero sobre lo autóctono del país

del que son responsables, porque ellos lo dirigen. He aquí una crisis de identidad de vastas proporciones que propicia la desorganización interna y la subordinación exterior de nuestras naciones.

Con todo, el complejo de ilegitimidad sobre el cual se yergue el dictador-patriarca que cubre la ilegitimidad de todos con su manto, y ese molde autoritario que llega a su culminación en las dictaduras, empiezan a ceder terreno gracias a una conjunción de motivos referidos básicamente a los grupos que luchan por desenajenarse en nuestra América. Son ellos la disminución de la rigidez operatoria del Estado, la Iglesia y la Sociedad Civil; la mayor libertad y participación ciudadana en el adelanto de la sociedad; la labor de los gobiernos a través de la escuela pública, las casas de la cultura, las bibliotecas; los avances de la legislación, especialmente sobre la familia; la acción favorable para el desarrollo de una comunidad consciente que han ejercido las personas y movimientos contestatarios y el trabajo de las ONG (Organizaciones no gubernamentales), especialmente

¹ A pesar de la excepcionalidad que hoy en día ostenta Colombia en relación a los actores y fenómenos de violencia, lo cual implica procesos sociopolíticos específicos que no es nuestro cometido analizar en este texto, los planteamientos que aquí se formulan son en general aplicables a nuestro país.

² Sobre el complejo de ilegitimidad, señala Fernando González en *Los negroides*: “este complejo es terrible en Suramérica. Nuestra individualidad esta apachurrada, a causa de estos hechos:

- En cuanto negros, somos esclavos, propiedad de europeos, fuimos prostituidos.
- En cuanto indios fuimos descubiertos, convertidos, discutieron “si teníamos alma”; rompieron nuestros dioses; nos prostituyeron moral, religiosa, científicamente.
- En cuanto españoles, somos criollos, sin poder: “probar la pureza de sangre”.

en educación política; la ganancia de espacios en la sociedad por parte de las comunidades indígenas; el haberse sentado unos rudimentos de identidad cultural; la influencia de los medios de comunicación y la adquisición por la sociedad de mayor conciencia sobre sí misma y el mundo circundante. Y volviendo a nuestras tiranías, ellas han tenido tanto de represión y violencia como de pintoresquismo y superficialidad, dándole su expresión a ese aspecto agresivo, de bizarría y abandono, que se ha apoderado del subcontinente. Hasta el punto de que la visión unilateral que en el planeta se ha tenido de nosotros es la de un pueblo miserable y violento, como vemos en lo que se ha denominado la “mala prensa” de América Latina, aunque en algunas oportunidades refleje la realidad de estos países, mal que les pese a nuestros chauvinistas.

Frente al acecho de un acontecer movilizado por la autoridad de un hombre que decide sobre la integridad física y moral de sus compatriotas, (su título ya se lo confirió el doctor Francia: Yo, el Supremo), aparece el proceso colectivo de las montoneras: gleba que se levanta. Y las abismales diferencias de clases dentro de la formación que se ha impuesto a Latinoamérica pueden desembocar en que, al oponerse este inmenso número de hombres sin educación formal a las capas dominantes, se contrapongan a unas minorías que han monopolizado el acceso así como las posibilidades de crear, mantener y difundir lo que se ha llamado la civilización entre nosotros, y de este modo sean considerados enemigas de ella. Es el polémico asunto que pone en marcha Sarmiento en *Facundo o Civilización y Barbarie*, y que retoma en nuestros días el sociólogo brasileño Francisco C. Weffort cuando se pregunta: “¿América Latina no fue siempre aquello que Alain Touraine sintetiza en el hermoso título de su último libro, la *palabra* (de la civilización, la política, la integración) y la *sangre* (de la marginalidad, la violencia, la exclusión)?”. Por eso aquellos valores sencillos y

auténticos que han nutrido al pueblo que mora entre la Tierra del Fuego y el Río Bravo, y en los que hubiera sido posible que nos arraigáramos, han sido desaprovechados por subestimación.

II

Otra expresión de este rostro de América Latina surge de las facciones contraídas por la obsesiva presencia de la muerte, sentimiento invasor que propicia aquella violencia física y psicológica que nos recorre como un escalofrío. Se trata de una violencia a la cual favorece la actitud indiferente y que es suscitada por el encuentro del odio y del miedo, como en el fascismo.



Estos elementos se encuentran constreñidos por instituciones³ acartonadas y estrechas, como el rigorismo de las jerarquías que se nos ha impuesto hace ya tantos siglos. Unas instituciones a las que no acaban de adecuarse los pobladores de Latinoamérica ya que no obedecen a una estructuración orgánica total ni están abiertas a la herencia cultural, (o a la tradición en su mejor sentido), y no se adaptan en consecuencia a nuestro pueblo, sino que se pretende hacer las cosas al revés. Porque ellas han sido impuestas desde arriba, superponiéndolas a los débiles (y en ocasiones a los poderosos) de manera muy poco flexible.

Al comentar unas palabras de Jefferson sobre la Declaración de Independencia de los Estados Unidos en *la revolución en América*, Alvaro Gómez hace dos

³ Concepto que tomamos bajo el significado que le imprime Durkheim, de grupo de normas que rigen la acción social, e igualmente como las organizaciones Fundamentales del Estado o de la sociedad.

precisiones: “Cuando hoy repasamos la historia de la emancipación de los Estados Unidos, nos llama la atención la forma reiterada en que Jefferson confiesa que al redactar el acta de la Independencia Norteamericana, no quiso implantar ninguna novedad, sino tan solo ratificar solemnemente conceptos que eran conocidos y practicados por la sociedad anglosajona. En Hispanoamérica no podría decirse lo mismo, sino todo lo contrario. Allí, las bases en que se apoyaban los nuevos sistemas políticos, no solo eran ignoradas por el pueblo sino que contrariaban las tradiciones del medio social”. Y si, a través de estas instituciones, los elementos de nuestra violencia se movilizan para buscar una manera de canalizar socialmente su acción, chocan y explotan en razón del formalismo y falta de apertura de las configuraciones que los contienen. Cuando no se ven situados frente a una sociedad propensa a la exclusión e intolerancia (como ellos mismos), y ubicados también contra instituciones de una rigidez quebradiza y carentes de receptividad ante las inquietudes de la ciudadanía. De donde puede deducirse la falta de soluciones de entendimiento y en general de un procesamiento pacífico de los conflictos entre nosotros, que permita la coexistencia de las diferencias, sin que tal hecho constituya razón de lucha abierta. Tocando ya el plano de las soluciones, el investigador chileno Angel Flisfisch dice que los países latinoamericanos enfrentan un desafío al fin de siglo: “El desafío de desarrollar formas de cohesión social o solidaridad, en el sentido que el concepto tiene en Durkeim, capaces de..... superar estados generalizados de anomia en la sociedad, generados por la destrucción de modalidades de solidaridad social preexistente”.

El autoritarismo contribuye a la existencia de las desigualdades sociales que, más que la sola pobreza, por el contraste desafiante que establecen, representa un móvil muy considerable de violencia dentro del área. Otro factor determinante de esta violencia es una crisis de valores donde no existe suficiente claridad para la consideración de las mejores elecciones, según la estimativa, en el campo social. Pasamos por un momento peligroso donde se revela la validez que tiene ahora una ética civil que, respetando la esencial libertad humana, aclare las diversas opciones a seguir, dentro del marco de una conducta propia de la situación y

contando con la circunstancia desde donde se proyecta la acción. Y así es posible realizar (u omitir) apropiadamente los diversos actos en relación con el entorno y con el ser auténtico.

III

Estas tierras desbordantes de vitalidad se estremecen, sin embargo, con la presencia constante de la muerte. El vitalismo, a veces colorido y fantasioso, que pone en ebullición nuestros ánimos, quizás sea la manera de llenar el vacío que provoca la omnipresencia de la muerte, o una interiorización de la grandiosidad de la naturaleza, sino se trata de la intensa pincelada de un toque de quijotería. La nuestra, no obstante, es una personalidad histórica propensa a la depresión, que sustenta el acoso de la muerte, desarrollándose, mediante la polaridad nietzscheana entre vida ascendente y vida decadente, una ciclotimia que afecta no solo al hombre latinoamericano sino a su historia, según lo examinábamos en unas líneas anteriores. Forma de acontecer que se refuerza a causa de aquellos exaltados ancestros españoles que sentía en su corazón los aletazos de ese sentimiento trágico de la vida que uno de ellos, Unamuno, asoció con el pavor cósmico de que ese yo que anhela la inmortalidad se precipite en lo profundo de la muerte. Nos enfrentamos a un cuadro tenebrista, que la Iglesia de la Contrarreforma ha ayudado a entenebreecer más aun por medio del sentimiento de pecado que engendrara el miedo al infierno y el asedio del yo por cuenta de su inexorable emisario, la muerte. Aquella muerte omnipotente sobre el ámbito nuestro, nos hace radicar en un coraje de sabor criollo y en ese fondo de tristeza que produce el hecho de haberse enfrentado a ella, una de las fuentes más hondas del machismo latinoamericano. De tal modo entran en escena el sentido del dolor y la arrogancia de estirpe hispánica que allí se apoya, tentando, cada vez que se presenta la ocasión, las fuerzas de la muerte, que aunque se tengan a raya pueden desencadenarse en cualquier momento sobre los hombres, con la contundencia de bestias que no ha podido domar la especie humana. Y es el seno de aquellos abismos donde el *macho* tiende a arrojarse desde la conformación reactiva de su afirmatividad, poseído de impulsos ambivalentes hacia esa última instancia de lo humano, que con su poder escalofriante le comunica la voluptuosidad del sufrimiento.

IV

Un problema: el de la inseguridad, asedia a Latinoamérica por múltiples flancos, ya que el hombre adinerado al igual que el trabajador o que el intelectual están ante un panorama dentro de cuyo ambiente sombrío, desde los bienes hasta la integridad personal y la vida misma se ponen en juego. La inseguridad es pues el telón de fondo sobre el cual se desenvuelve el acontecer latinoamericano. Vamos a relacionar este espinoso asunto con los factores del poder, del dinero, la violencia y la muerte, que tan radicalmente remueven nuestros fundamentos vitales, aquellos que desde la colonia han venido sentando los espíritus más esclarecidos (desde un Francisco de Miranda hasta una Rigoberta Menchú), y los grupos menos miméticos en la historia del subcontinente. El problema de la inseguridad tiene un eje que nos permite trazar el esquema de su funcionamiento: la idea de *representación*.⁴ Idea que se conecta con los valores del *honor*, la *fama* y la *influencia*, manipulados hoy con cinismo, obedeciendo a una competencia desahogada que los vuelve cada día más instrumentales bajo el empuje de la Edad de la Técnica, y que han asumido el aspecto de protagonistas todopoderosos en la representación del gran dama social.

Sobre el espacio donde aparecen estas fuerzas todos los medios son buenos para conseguir el dinero y el poder, que son a la vez herramientas de los deseos incontables de sus detentadores, a través de un ciclo que recomienza indefinidamente. Se despliega entonces el afán del dinero fácil, en concurrencia con el ansia de enriquecimiento rápido y por cualquier medio, (piénsese no más en el narcotráfico y la corrupción estatal), que ha sucedido a las formas tradicionales de poder y prestigio, debido, entre otros factores, al número de grupos emergentes que presionan al interior de una sociedad discriminatoria como la nuestra. Arrastrados unos individuos por la codicia y magnetizados otros por el prestigio —si no por ambos objetivos a un tiempo— buscan con ansiedad el dinero y el poder (o el hecho de “representar más” en la sociedad), y atentan contra ese bien público que

es la seguridad personal; sin darse a estas horas con un aglutinante social que sustituya favorablemente a los anteriores, convertidos más bien en disociadores de la vida comunitaria. Y todo ello se complica tremendamente al tomar en consideración aquellos elementos que hacen de la muerte el supremo poder igualador en una sociedad de tantas desigualdades. Así se presenta ante nuestros ojos un cuadro del fondo psichistórico sobre el que acontece el problema de la inseguridad en Latinoamérica, ante todo en cuanto a los grupos humanos se refiere, como hemos hecho de manera global en estas páginas.

Es dable advertir cómo los habitantes de América Latina aún desconocen en buena parte sus propios valores y se encuentran inseguros de su posición en el mundo, no pudiendo, por tanto, expresarse de un modo propio. Pero ya los vemos enfrentarse a aquellos valores que se les exportan a precios muy altos; así se hallan en una *tierra de nadie* a merced del fuego cruzado entre los diversos poderes. Y esta inseguridad pone entre paréntesis la vida, la obra y el pensamiento libres, represando el proceso de liberación de Latinoamérica, la que corre el riesgo de bruscas irrupciones de las fuerzas reprimidas en el seno del organismo social.



⁴ Estrechamente vinculada con “La lucha por el reconocimiento” que para Francis Fukuyama ha sido el motor de la historia.